

Las regatas de traineras

Aunque soy hombre de tierra, siento extraordinaria afición por las regatas predilectas. Todos los atardeceres, cuando el sol transpone el horizonte y las frías y diminutas lanchas arriban al muelle de retorno de las faenas pesqueras y las sirenas de los blancos vaporcitos anuncian con silbidos estridentes que son portadores de abundante y fresca pasca, gusto mucho de dirigir mis pasos al puerto. Llegado á él, me detengo un momento en sus viejos y evocadores soportales — los mismos soportales en que Carril acostumbraba á reunirse con su gente — donde recios marinos, de tez bronceada, conversan animadamente en grupos. Próximo disimuladamente acercarme á ellos. Todos hablan de lo mismo. Los viejos con el aplomo y seguridad de su experiencia en las luchas del mar. Los jóvenes con el calor y entusiasmo de sus años juveniles. Estando en vísperas de regatas, ¿sobre qué otra cosa había de recaer la conversación? Quién apunta el temor de una derrota; quién otro pronostica con certeza el éxito; alguien expone su desconfianza respecto de las condiciones marineras de la embarcación; un anciano cuyos años transcurren en el mar más que en tierra, se atreve á insinuar la duda de que no responda debidamente el patrón. Es demasiado joven, exclama. Un muchachote alto, fornido, de recia musculatura, protesta por lo bajo de que no le hayan incluido en la tripulación. ¡Con lo que yo hubiera remado!; gime desesperanzado.

La noble inquietud de asegurar la victoria les mueve á hablar de ese modo. Cada cual pretende corregir á su modo lo que considera un defecto. Casi siempre discrepan entre sí; en un punto, tan solo están acordes; en el anhelo ferviente de que la tripulación que representa á Donostia sea la portadora del triunfo.

Prosigo hacia delante... En las húmedas y mugrientas arcadas de «Kai-arriba», impregnadas de salitre, fornidas mujeres, de aire resuelto, descalzas de pie y pierna se ocupan afanosamente en preparar el pescado para la exportación. Un enjambre de «*tau ap soqoi somijij*» «*sovedar*» juegan sus ochavos á los naipes, sirviéndoles de mesa la base de una tija de pescado. Dos pescadores, con sendos cubos bajo el brazo, discuten y vociferan acaloradamente, descompuestas, lívidas, desgredadas, salpicando con ternos é interjecciones el violento diálogo, hasta que de tanto gritas se agota la fuerza de los pulmones, apartándose la una de la otra,

no sin lanzarse todavía á cierta distancia el dardo de grosero insulto. Desde lejos, un pobre guardia contempla medroso el altercado, sin atreverse á intervenir á él, temeroso de salir malparado.

Delante del edificio de la Cofradía de Mareantes se agolpa la multitud. A duras penas, consigo abrimos paso. Con los remos en alto, desfilan, ufanos, sonrientes, los recios muchachos, de músculos de acero, que componen la tripulación de San Sebastián. Vas á ejercitarse en el entrenamiento diario. Agiles, ligeros, van colocándose cada uno en el lugar que tienen designado en la embarcación. Introdúcen el remo en el estorbo, lo mojan sumergiéndolo en el agua, y luego que lo han sujetado en el tolete, aguardan impacientes, con los brazos extendidos hacia adelante, la señal de partir. A una voz del patrón, arranca veloz la trainera, impulsada por los nervudos brazos de sus tripulantes, que parecen obedecer en el ritmo de sus movimientos á secreto mecanismo, acompañando los del sordo rumor que producen los remos al cruzar, el cual produce la sensación de la fuerza y vitalidad de quienes lo manejan.

La trainera va disminuyendo de tamaño á ojos vistos hasta que prontamente se pierde en la lejanía.

Entre los que presenciaban el entrenamiento me encuentro con un caracterizado personaje muy entendido en estas materias. ¿Qué tal va la cosa? — le pregunto. Bien, me responde. Estamos satisfechos del resultado de las pruebas. Tenemos confianza en nuestra gente. Si la suerte nos acompaña esperamos hacer «un buen papel».

Entonces, ¿confían ustedes en llegar los primeros?

No tanto; es muy aventurado pronosticar. Todas las tripulaciones vienen muy bien preparadas. Además que de una á otra no hay mucha diferencia, y el menor accidente imprevisto puede hacer varias el resultado de la regata.

He oído que los de Orio vienen este año muy fuertes.

Así dicen. El domingo lo veremos. Yo no me fío de palabras. Todas las Yregatas nos han deparado alguna sorpresa, y no diría que en ésta ocurriera lo propio.

Y diciendo esto, me alargó su mano dura y callosa que la estreché y despedí de él.

La noche extendía su negro manto sobre la ciudad, cuando los remeros, bañados en sudor, desembarcaban en el muelle.

J. de MUGUIRO.

CRONICA SEMANAL

Campos y mercados

TRIGOS.—Continúan los labradores muy atareados en las faenas de la trilla, pues ya para esta época, la siega ha tocado á su fin, empleándose la gente del campo en las eras. Esta ocupación que requiere toda clase de atenciones y cuidados, impide á los agricultores la asistencia á los mercados trigueros, persistiendo, por tanto, la flojedad.

Todavía es muy grato para que comience el movimiento de los nuevos trigos. Sin embargo, en algunos mercados de la ribera de Navarra y Castilla se han presentado algunas tas, sirven para orientarse en los precios y preparar el mercado.

En la plaza de Valladolid, que es donde más cantidad de trigo nuevo se ha presentado á la venta, se cotizaba la fanega á 74 reales si el trigo era inferior, y á 75 el corriente.

Los trigos añejos se han cotizado en el último mercado á los precios corrientes:

En Peñaranda á 78 reales; en Avila á 80; en Arévalo, á 79; en Burgos á 82 y en Segovia á 78 reales fanega.

En Salamanca se ofrecen los 100 kilos á 48 pesetas; en Sevilla á 47 sin envase y sobre vagón y en Valencia á 50 pesetas sin envase.

La prensa francesa llegada estos días dice que en los principales mercados franceses se cotizan los 100 kilos de trigo entre 70 y 80 francos.

OTROS GRANOS.—La cebada se ofrece en Segovia á 50; en Avila

á 54; en Arévalo á 53; en Valladolid á 47 y en Burgos á 55.

Las nabas, en Barcelona se cotizan asmaragunas á 50 pesetas los 100 kilos y las extremeñas á 58 y en Sevilla las cochineras á 36 pesetas los 100 kilos.

El maíz blanco se ofrece en los anteriores mercados á 44 pesetas los 100 kilos.

HARINAS.—Sigue siendo muy flojo el mercado, debido á que los fabricantes realizan las compras estrictamente necesarias para cubrir las atenciones de momento; cuando el trigo nuevo aparezca francamente en el mercado fijado los precios, entonces quizás se anime este negocio, que por ahora vive á la expectativa.

Los precios son poco más ó menos los mismos de la semana anterior. En Sevilla se cotizan los 100 kilos á 66 pesetas y en Valladolid, las selectas á 59 y las corrientes á 57 pesetas los 100 kilos.

ALUBIAS.—En la región de Levante la cosecha de alubias ha sido muy buena, ofreciéndose los 100 kilos alrededor de 5 pesetas.

ACEITE.—En una de nuestras últimas crónicas, apuntábamos la idea de que sería muy probable que este artículo subiera de precio con motivo de la última autorización para exportar. A raíz de la autorización se inició algún movimiento en los mercados, pero ya en el curso de la última semana se ha podido observar más bien flojedad en las cotizaciones, así que el comercio se mantiene á la expectativa en la creencia que volverá la animación.

En Barcelona se cotiza á 245 pesetas los 100 kilos y en Sevilla, los

buenos corrientes á 18,75 pesetas los 11,50 kilos.

VINOS.—Muy poco podemos decir de este importante mercado; la desanimación es la característica en todos los mercados desde hace mucho tiempo, habiéndose acentuado más esta desanimación en la pasada semana.

De cotizaciones nada decimos, puesto que son las mismas de las semanas anteriores.

Los periódicos franceses de estos últimos días, al hablar del estado del campo en aquella nación, trataban de los daños que han causado en los viñedos las últimas tormentas, así como también se teme que la sequía perjudique á las viñas. Por esta causa, los precios se mantienen firmes en los mercados vinícolas franceses.

AGER.

Cuento semanal (DE COLABORACION)

Un arma de dos filos

No fué menudo el pánico que cayó sobre los vecinos del barrio de la Cerdópolis, cuando vieron asomar un día los mastates y la descomunal barriga del señor que empuñaba, como pudiera empuñar el cetro de su imperio, el fatídico gancho...

—¿Dónde caerá? se preguntaban aterrados. Y cada cual se palpaba los riñones para convencerse de que aún no le había llegado su San Martín. ¡Y mientras tanto el señor paseaba con amorosidad estudiada sus ojillos risueños por toda la extensión de sus dominios, cual si se complaciera en prolongar el tormento cruel de la incertidumbre en sus humildes súbditos.

Un cuarto de hora mortal duró el exámen, un cuarto de hora que se pasó el tirano palpando lomos con sus manos pequeñas, coloradas y rechonchas, haciendo sudar de miedo á toda la grey pecunera de su bien poblada cochiguera.

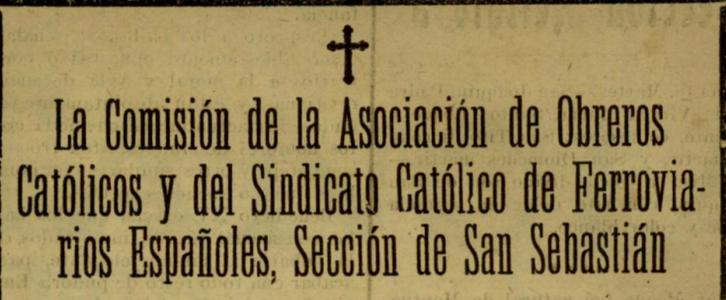
Al fin se oyó un gruñido... un gruñido de rabia y de sorpresa al mismo tiempo, ronco, prolongado, lúgubre... que si es un principio heló de espanto hasta el tocino de sus compaisanos, les hizo enseguida rezongar de satisfacción ante la halagüeña perspectiva de un peligró que se esfuma, de una esperanza que renace... de un gancho fatídico que por entonces no se agarra...

Y sin embargo aquel gruñido era el clarín de la muerte para Cerdópolis entera! Y seguía oyéndose cada vez más triste, más apagado, como reflejo de una vida que se va en sangre, en medio de aquel silencio solemne con toda la solemnidad que es capaz de prestar el miedo más cerval al más profundo silencio. Sólo cuando el moribundo marrano, sea dicho sin perdón de mis lectores, estiró la pata y se alejó sus verdugos llevándose en una carretilla para convertirlo en purpúrea serpentina de chorizos (por que el tío de la descomunal barriga no podía ser otra cosa que choricero), se atrevió un ciudadano de peso, como que tendría sus catorce arrobas, a levantar la voz en son de protesta. Un sordo murmullo de aprobación subrayaba sus más furibundos párrafos:

—¿Cómo vamos a consentir, gruñía, nosotros los que por humildad ni siquiera levantamos la vista del suelo el que los poderosos de la tierra amarguen, mejor dicho, amarguen todos los días nuestra existencia tan preciosa como la que más, por dar satisfacción al grosero apetito de su gula? ¡Y que no son pocos los cuartos que se saca el amo a costa nuestra! ¿Hemos de seguir pasando por tanta ignominia? ¿hemos de tolerar que el hombre nos alimente bien para comernos después mejor? Si ha de seguir con nuestra vida y nuestra sangre ¡venga por mí la huelga del tocino, pongamos a dieta nuestra hasta hoy glotona raza y aprenda el tirano a mirar en nosotros algo más que seres despreciables destinados a engordar a una humanidad tan ingrata como egoísta!

Lo que siguió al orador fué el des-péñero; el terremoto de Valparaíso, la erupción del Vesubio y la catarata del Niágara en tortilla no meterían tanto ruido como el que se armó en el barrio. Cerdópolis parecía de aquella venirse abajo!

Y se planteó la huelga más original que podrá idear el refinamiento del socialismo andando los siglos. ¡Animalitos de la vista baja que no confían, porque no, porque no les daba la gana de entregarla tan pronto, y, sobre todo, tan sin sustancia (para ellos, se entiende)! ¡Casi se contaban por libras las horas de ayuno que



La Comisión de la Asociación de Obreros Católicos y del Sindicato Católico de Ferrovias Españoles, Sección de San Sebastián

Tiene el honor de invitar al vecindario de esta ciudad y a la colonia veraniega a la solemne misa de Requiem que en sufragio de las almas de los militares muertos en los recientes sucesos de la zona de Melilla, se celebrará en la iglesia parroquial de Santa María a las once del día de hoy mar tes.

San Sebastián, 16 de Agosto de 1921.

aquella desdichada gente en huelga padecía! El orador de marras (aquí pegaría mejor *marrano*) les sostenía, a falta de algo más sólido, con dos solfamas diarias... pero su voz, antes robusta, con dificultad llegaba a las orejas de los vecinos más apartados...

Al cuarto día, uno de los más jóvenes, que estaba en edad de crecer y engordar, se cayó redondo como una pelota. Un rayo no le hubiera hecho rodar tan súbito como el hambre... A las veinticuatro horas había tres cadáveres más de cuerpo presente en el barrio.

Entonces vino la contraprotesta. —¿De qué nos vale, murmuraban algunos, no acabar a manos del amo si sucumbimos a nuestras propias manos? Viva la gallina, y viva con su pepita!.. Y, ni cortos ni perezosos, se lanzaron, como lo que eran, a los tan codiciados manjares.

La huelga del tocino había fracasado.

¿Cuánto más fácilmente fracasarán otras muchas huelgas si se acabasen de persuadir los hombres de que la huelga es un arma de dos filos, que por el uno hiere al patrono y desgarran con el otro las entrañas del pobre obrero!

Mejita un poco, lector, si vale la pena de negarle la ganancia al amo y dejarse morir de hambre...

LUIS DE OROZCO.

COMENTARIOS

El espíritu callejero

En «El Siglo Futuro» leemos una noticia que nos sugiere unos comentarios.

La policía detiene a dos carteristas. Uno de ellos se finge ebrio, se tira por el suelo, y hace que se formen grupos a su alrededor. Aprovecha un momento y huye.

De nuevo los policías le detienen: una pareja de la Guardia civil interviene también. Entonces el caco comienza a gritar haciéndose el inocente, y protestando de que su detención es arbitraria.

Se arremolina gente a su alrededor: se pone en contra de los guardias y en pro del carterista, facilita su fuga, y ya en pleno escándalo y motín, insulta a la fuerza, tiene una colisión y se producen cuatro heridos graves y bastantes leves.

Este es el hecho, que nos trae a la memoria muchos más de los que hemos sido testigos presenciales, y nos haré llenado de indignación y vergüenza.

¿Qué pasa por el corazón de las gentes cuando entre un detenido y el agente, se ponen de parte de aquél?

¿Es compasión, es simpatía hacia la víctima, o es espíritu de insubordinación y rebeldía?

Si lo primero, bueno sería que meditaran en la frase hermosa de García Moreno, a quien pedían clemencia para unos asesinos condenados a muerte: «mejor fuera que se preocuparan ustedes de hacer imposibles estos hechos, que de atar la mano de la justicia cuando se trata de restablecer la equidad».

Más yo me inclino a creer que es el espíritu callejero, el espíritu de rebeldía, de gresca y jaleo, el que levanta a la gente y la lleva a ponerse, instintivamente, contra los agentes y en pro del detenido.

Cuando esto sucede, siendo sin querer el deseo de que se lleve su escarmiento ese pueblo necio, sin sentido,

que se pone a arrebatar de las manos de la policía, a un detenido, a quien no sabe por qué detienen, ni qué historia tiene.

Hablaba un día, a raíz de unos tristes hechos populares, con un guardia civil sobre este tema. Hablaba con mesura, con discreción. Su palabra era, como fruto de mucha práctica y de abundante meditación, tranquila y reposada. Hablaba como quien dice aquello que sabe con la certeza de lo vivido y pasado.

«En los movimientos populares, hay tres sectores. El uno, es el que produce el hecho; contra éste nuestra acción no puede menos de ser enérgica y concante. El otro, es el de esa gente populachera, que en todas ocasiones trata de armar jaleos, y siempre se pone de parte de la peor de las causas. Tampoco nos preocupa lo más mínimo. Lo tratamos como si fuera el causante del hecho, porque siempre es su cómplice. El tercer sector, es indudablemente el peor, con ser, al parecer, inofensivo. Con él no sabemos cómo proceder. Es el que nos ata las manos; es cómplice de los demás, contribuye a inutilizarnos, y es la causa de nuestros constantes disgustos y preocupaciones. Este sector es el de los curiosos impertinentes, el de la gente boba que tiene que enterarse, sea como sea, y personalmente, de lo que pasa.

Creáme usted—terminó diciéndome—: cuando ocurren los alborotos populares no hubiera en frente de nosotros más que los causantes del hecho y los alborotadores y jaleadores de profesión, y se meterían en casa o se ausentarían del lugar los curiosos impertinentes, nosotros terminaríamos con esos alborotos en cinco minutos. Mejor dicho—añadió sentenciosamente—no se producirían esos alborotos, porque morirían en el momento de nacer.»

Cada vez que sucede uno de estos hechos, me acuerdo de esas frases ciertas: guardia civil, y digo que tiene mucha razón, que el espíritu callejero desaparecería en cuanto los tipos de costumbre no tuvieran ante sí, ni detrás de sí, ni delante de sí, a otros elementos que aquellos a quienes odia por qué teme. Una objeción le hice: «¿no le parece que en esos casos sería conveniente que las gentes de orden nos pusiéramos de su lado?»

Y me contestó: «cuando nos hallamos en medio de la muchedumbre que nos silba e insulta y amenaza, nosotros no podemos distinguir quién está de nuestro lado, o en contra nuestra.

Sólo sabemos que aquello no puede seguir así, y no tenemos otro remedio para respetar la agresión que sale de entre la muchedumbre, que atacar a los que están delante; y delante de nosotros, casi siempre, no hay sino una masa necia de mujeres y chicos, porque los que tiran y apedrean saben guardarse entre los demás. Por eso, los que quieren ayudarnos, ya saben lo que tienen que hacer: ausentarse de allí, y dejarnos a nosotros dirigir las contiendas con los culpables, con los callejeros de oficio, con la gente maleante, con los amigos del desorden; que nuestro placer sería precisamente, tenernoslos que haber a solas con ellos y nuestra pena mayor el de que paguen inocentes bobos, por culpables perversos y maliciosos.»

Ya lo saben mis lectores. Cuando oigan jaleo en una calle, márchense por otra: es, a juicio de los agentes del orden, el mejor medio de ayudarles a que no ocurra nada en las ciudades.

Así como decía mi guardia civil, esos alborotos morirían en el momento de nacer.

J. DE IZASKUN.